

Refugio



ONDREA LION

Segunda Edición:
Caracas, febrero, 2024
Refugio, 2020

Registro de Propiedad Intelectual
SC 2006154431866

Diseño de portada:
[Ondrea Lion](#)
*Esta portada ha sido diseñada
utilizando recursos de Freepik.com*

Montaje y Diagramación:
Ondrea Lion
ondrealion.blogspot.com

Derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial por
cualquier medio, sin autorización escrita
del autor.

ÍNDICE

[Parte 1](#)

[Parte 2](#)

[Parte 3](#)

[¿Te gustó?](#)

Parte 1

Joshua siguió las indicaciones de su mejor amigo y se dirigió a una de las puertas laterales para evitar la exasperante multitud que intentaba con desesperación entrar en el club nocturno.

Envió un mensaje desde su celular como habían acordado, y un inmenso guardaespaldas lo recibió para dejarlo pasar. La modelo que lo acompañaba pasó meneando sus caderas seductoramente.

—¡Llegaste! —exclamó Alejandro—. Pensé que no vendrías.

—Te lo había prometido —replicó Joshua irritado.

A pesar de que estaban en el área de las oficinas, podía oír el estruendo de la música en el fondo. Detestaba las aglomeraciones y los sonidos ruidosos. Siempre había sido un hombre de espacios abiertos y de las melodías que ofrecía la naturaleza.

—¿Y esta hermosa dama quién es? —preguntó Alejandro tomando la mano de la chica para besar su dorso.

Ella sonrió de forma felina; embrujar a los hombres era su pasatiempo favorito.

—Catrina, él es Alejandro Armas, mi hermano del alma. Alejandro, ella es Catrina —introdujo Joshua intento ocultar el hecho de que no recordaba su apellido.

Su hermano le había coordinado una cita a ciegas con ella, no porque pensara que podrían congeniar, sino porque, según él, la chica era fácil.

Joshua tuvo que aceptar salir con la modelo para que Adam lo dejara en paz, ya que durante semanas lo atormentó para que aprovechara un polvo seguro.

Él detestaba lo fácil, le gustaba trabajar lo que obtenía, los retos, lo difícil. Catrina le resultaría aburrida, y lo confirmó desde el momento que se introdujo en su auto y puso sus manos sobre su cuerpo para saludarlo; todo lo que decía era un reflejo de una cabeza hueca. Sintió lástima por ella, muy lejos de desearla en su cama.

—¡Vengan! —invitó Alejandro a su amigo y acompañante—. Nos espera una botella de *Lagavulin* 16 años.

—¡Qué buen recibimiento! —replicó Joshua agradecido de que su amigo recordara su güisqui favorito.

Catrina frunció el ceño, detestaba el güisqui.

—¿Y la señorita? ¿Nos acompaña o desea otro tipo de bebida? —preguntó Alejandro al notar el gesto de rechazo de la chica.

—Champaña, por favor —exigió entrando al lugar que le indicaban.

La habitación estaba ubicada en una zona privilegiada en la planta alta y una de sus paredes era de cristal templado, podían ver fácilmente el local aunque los asistentes no podían verlos a

ellos.

—¡Guao! ¡Qué vista! —exclamó la modelo acercándose al ventanal.

Alejandro utilizó un pequeño radio intercomunicador para solicitar una costosa botella del vino espumante solicitado por Catrina, y se dispuso a acercarse al pequeño bar que se ubicaba en una de las esquinas de la lujosa oficina.

Otra de las paredes estaba forrada de más de veinte pantallas que mostraban cada ángulo del club. Cuando Joshua se iba a disponer a observarlas, Alejandro preguntó con la botella de güisqui en la mano:

—¿Puro?

—Como siempre: seco sin hielo —respondió Joshua.

El hombre sirvió dos vasos y le extendió uno a su amigo. La chica bailaba contemplando el público ubicado a sus pies.

—¡Qué bien! —chilló la modelo sobresaltando a sus acompañantes—. ¡Melania y Teresa están aquí! ¿Podemos bajar?

—Tengo meses que no veo a mi amigo —replicó Joshua—. Quisiera conversar con él en la tranquilidad de un lugar relativamente callado, y la música estorbaría, ¿te importa que nos quedemos un rato aquí?

La modelo puso mala cara sin ninguna intención de ocultar su decepción, Joshua comprendió que era una niña malcriada que estaba acostumbrada a salirse con la suya. Eso no cuadraba con él, inmediatamente se arrepintió de haberla llevado.

—Este perro malagradecido no había venido a conocer mi club desde que lo inauguré, y mi trabajo no me ha dejado compartir con él —agregó Alejandro tratando de disculpar a su amigo y limar asperezas con la chica, pero ella mantuvo una actitud altiva.

—¿No conocías **Refugio**? Todo el que es alguien ha venido. Este es el lugar donde se reúne quien quiera ser visto y reconocido en esta ciudad —declaró ella provocando más rechazo de parte de Joshua

—Supongo que Alejandro puede ubicarte en un palco VIP para que compartas con tus amigas, ¿correcto? —preguntó Joshua ignorando su declaración al clavar la mirada en su amigo.

—¡Por supuesto! El mejor de toda la sección de personas importantes. Puedes invitar a quien quieras a unirse contigo —corroboró Alejandro.

La actitud de la chica cambió de inmediato, sus ojos brillaron de emoción y dio unos brinquitos de alegría.

Un mesero entró con una bandeja con champaña, una hielera y varias copas. Alejandro, amablemente, le indicó que guiara a Catrina a cierto palco. El empleado asumió que la chica era importante, ya que aquel lugar de la sección VIP era el reservado del jefe y el más privilegiado por su espacio y ubicación, así que con gestos halagadores se retiró con la modelo.

—¿De dónde la sacaste? —preguntó Alejandro al encontrarse a solas con su amigo.

—Adam —fue la respuesta de Joshua.

—Tu hermano conoce a cada espécimen...

—Lo sé —admitió Joshua.

—Tienes que dejar ese empeño de regodearte en tu miseria, la vida continúa, no puedes seguir aislándote, hay buenas mujeres por ahí... y salir con chicas como Catrina...

—No vine para que me sermonearas, Alejandro, estoy bien —cortó Joshua bebiéndose el contenido de su vaso de un tirón, para luego ir a buscar otro trago a la esquina donde se ubicaba la botella. Supo que había sido grosero con su amigo, así que se propuso aligerar el ambiente—: El lugar es increíble, te felicito.

—Es lo que siempre soñé —replicó Alejandro sirviéndose más güisqui.

Ambos se colocaron frente a los cristales para observar a cientos de personas bailando y conversando, todos parecían estar pasándola bien.

El local era gigantesco, varios niveles permitían la ubicación de tres bares, una gran pista de baile y varios espacios con asientos. Del techo colgaban unas telas, y hermosas mujeres danzaban en el aire entrelazándose con los lienzos colgantes. Todos los empleados eran atractivos y vestían un uniforme elegante, el ambiente olía a riqueza y glamur.

—De verdad te felicito —repitió Joshua palmeando con candidez la espalda de su amigo, en seguida terminó su segundo trago, y fue por el tercero.

Alejandro le habló a su amigo sobre datos operativos del lugar, quien escuchaba con interés agradeciendo la distracción luego de varios meses de soledad y miseria; realmente era admirable lo que su cómplice de aventuras de infancia había logrado. **Refugio** era el club nocturno más cotizado de la ciudad, el más exitoso.

Joshua disfrutaba del amargo líquido de su vaso cuando siguió al interlocutor hacia las pantallas.

—Mis equipos son de última generación, tengo un personal de seguridad de más de 30 empleados que garantizan que todo marche sobre ruedas... —explicó Alejandro.

Joshua comenzó a detallar la multitud; y una mujer, de cabellos oscuros que vestía un despampanante vestido rojo ajustado, llamó su atención.

Su cabeza estaba gacha mientras bailaba, parecía que le decía algo a su acompañante sobre sus sexys zapatos de tacón rojo, el hombre frente a ella la observaba con fascinación, como si estuviera embrujado por su compañera de baile y aprovechaba los sonidos de la música para moverse de manera que rozaran sus cuerpos de vez en cuando. Él se sintió identificado, una vez fue hechizado por una mujer como ella.

Entonces la chica levantó casualmente la cabeza hacia la cámara.

—¡Mierda! —exclamó Joshua.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alejandro intrigado.

—Mara está aquí —replicó Joshua.

—Te juro que no sabía —admitió su amigo.

Parte 2

—Necesito sentarme, me están doliendo los pies —dijo Mara a gritos al oído de su acompañante para ser escuchada.

—Vamos —concedió Santiago tomando el brazo de la chica para guiarla lejos de la pista de baile hacia el lugar donde se ubicaban el resto de sus amigos.

Mara se tensó al sentir los dedos cálidos del hombre sobre la piel de su antebrazo, era su tercera cita y todavía no lo había besado. Él lo había intentado, por supuesto, pero hasta esos momentos no estaba segura de lo que sentía por él.

Santiago era un buen hombre, alto, atractivo, trabajador y cariñoso, pero le faltaba algo para encender la chispa entre ellos, y no lograba entender la razón ya que no le desagradaba, en teoría, no debería tener reservas en besarlo, pero las cosas eran como eran.

Sentada junto a su amiga Geraldine, Mara agradeció la compañía de su grupo, eso le permitiría ganar tiempo. Estaba consciente de que tenía que decidirse, las intenciones de Santiago eran claras, y si ella no deseaba besarlo nunca debía ser honesta con él y terminar sus encuentros.

—¡Mara! —llamó su amiga con los ojos fijos en el bar más cercano—. ¡Joshua está aquí!

—¿Dónde? —preguntó Mara sintiendo que su corazón se detuvo por un instante.

—Mara —llamó Sonia, otra de sus amigas, acercándose a ellas—. Joshua está aquí.

—¡Ya sabemos! —exclamó Geraldine.

Un par de amigos más hicieron lo mismo al acercarse a la chica para señalar la presencia de su exnovio.

De pronto la noche se enfocó en aquel encuentro casual, fue como una telenovela en vivo y directo. La relación de Mara y Joshua había sido un modelo a seguir durante mucho tiempo; fueron inseparables, cariñosos, divertidos... Y cuando terminaron, todos lo lamentaron como si les hubieran roto el corazón a ellos.

Los ojos color avellana de ambos se encontraron. El brillo que reflejaban sus miradas por la conmoción de encontrarse era innegable. Ella se puso de pie y caminó hacia él, Joshua también se acercó a Mara.

—Hola —saludó ella.

—Estás hermosa —replicó él.

—¿Qué? —preguntó la chica.

El estruendo de la música hacía imposible que se comunicaran, ninguno de los dos se había atrevido a acercarse demasiado al otro, hasta que él dio el primer paso al inclinarse sobre ella, y moviendo un mechón de sus cabellos detrás de su oreja le repitió al oído:

—Estás hermosa.

Mara sintió cómo su cuello se calentó y una oleada de energía sacudió su cuerpo, su entrepierna se humedeció como si hubieran presionado un botón de efecto inmediato. Joshua siempre había tenido ese poder sobre ella con el simple sonido de su voz.

—Gracias —dijo la chica sonriendo.

—Veo que estás con el grupo de siempre —gritó Joshua a su oído levantando la mirada hacia sus acompañantes. Todos los que lo conocían, saludaron con un gesto desde lejos, la curiosidad con la que observaban fue demasiado evidente.

—¿Qué? —preguntó de nuevo alejándose un poco, su cercanía la desestabilizaba—. Lo siento, no te escucho.

—¿Por qué no vamos a la planta de arriba? La oficina de Alejandro es más silenciosa —propuso Joshua hablando en su oído, provocando que Mara se erizara por su cálido aliento.

—¿Alejandro tiene una oficina aquí? —gritó ella confundida.

—Alejandro es el dueño.

—No lo sabía —admitió ella mordiéndose los labios. De haberlo sabido, hubiera propuesto ir a otro lugar.

—O podemos ir a otro lugar si prefieres, y así nos ponemos al día —sugirió Joshua.

Mara vio las llamas en los ojos de su exnovio y supo al instante que si se iba con él estaría perdida. Probablemente se desprenderían de sus ropas al momento de entrar al auto, no tuvo dudas de que se entregaría a toda la pasión con la que Joshua idolatraba su cuerpo de pies a cabeza. Santiago no merecía un desplante de esa magnitud.

—No puedo, fue un placer verte —dijo ella besando su mejilla para darle la espalda y volver a su asiento junto a Geraldine. Fue más difícil de lo que supuso, el aroma intoxicante de Joshua siempre la atrapaba y la incitaba a tocarlo y besarlo.

Él la vio caminar admirando su espectacular trasero y aquel vestido que hacía resaltar cada una de sus curvas. Extrañaba su piel, anhelaba volver a estar en su interior.

Joshua pensó que la noche era joven por lo que se propuso conseguir la manera de convencerla, solo tenía que alejarla de las miradas curiosas de sus amigos.

De pronto recordó que Mara tenía cierta fascinación por los actos prohibidos; hacer el amor en un lugar público, cuando ambos tenían sus citas esperando por ellos, sería algo con la que la podría tentar; y si ella daba alguna señal de sentir el mismo deseo que él estaba sintiendo, tenía altas probabilidades de persuadirla a aprovechar el momento.

Se tomó de golpe su quinto vaso de güisqui, mientras se dispuso a maquinarse cómo hacerla suya esa noche.

Parte 3

Mara no pudo calmar la zozobra que la mantenía inquieta. Ver de nuevo a Joshua después de su doloroso rompimiento le afectó profundamente, su piel recordó sus caricias, y la añoranza de sentir las de nuevo cosquillearon su cuerpo.

La culpa también formaba parte de sus sentimientos. Santiago tuvo que soportar su evidente distanciamiento, ya que ella estuvo segura desde el primer segundo que visibilizó a su ex novio, de que no deseaba ser el objeto de atracción de su cita.

Supo que debían acabar sus encuentros, aunque también supo que esa noche de fiesta y celebración no era el momento. Lamentaba tener que rechazarlo, sin embargo, no tenía otra opción, era imposible intentar iniciar una relación con alguien cuando Joshua todavía la hacía sentir de esa manera.

Acalorada y contrariada, Mara se disculpó con Geraldine para escabullirse al sanitario, Joshua la siguió con la mirada como un halcón acosando a su presa, y tomando un trago más de su vaso, caminó tras de ella.

La chica se detuvo en la fila de mujeres que esperaban el uso del abarrotado cuarto de baño, pero él tenía la llave de la oficina de Alejandro en su bolsillo, y confió que podría persuadirla a ir con él hasta ahí para poder hablar con ella a solas.

Joshua se posicionó tras su espalda, muy cerca, desde donde aprovechó para acercar la nariz a su nuca y así aspirar aquel aroma que siempre lo volvió loco. Aquella mujer olía como un paraíso sexual, algo único que solo percibía con ella. Una de sus posturas favoritas, la de ambos, era cuando la tomaba por detrás, ya que a ella también le gustaba como él reaccionaba a su fragancia.

Mara sintió el aliento de Joshua en su cuello, y su cuerpo se sacudió de deseo, antes de voltearse supo que era él, reconocía su colonia, y de la misma manera que él, estaba desesperada por sentirlo en su interior.

—Te extraño —confesó Joshua al oído de la chica.

—Joshua, no podemos.

—¿Por qué? —preguntó él conteniéndose las ganas de rodearla con sus brazos.

—Me heriste, mucho —recordó ella.

—No sabes cómo lamento y me arrepiento de haber sido tan egoísta. Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde, ¿verdad?

—No te guardo rencor, de verdad, solo que no puedo arriesgarme a que me rompas de nuevo el corazón—replicó Mara.

—Me encantaría besarte, no tiene por qué ser algo más que eso, solo quiero un beso —dijo

Joshua acariciando la oreja de la chica con sus labios provocando miles de sensaciones eléctricas.

—¿Pueden irse a otro lugar? —dijo una mujer de voz chillona, que, por el movimiento de sus pies, era evidente que estaba impaciente por ingresar en el sanitario. Varias chicas estaban tras ella, la fila ahora era más larga y Mara la estaba obstruyendo.

—Puedes utilizar el baño de Alejandro en su oficina, así no tienes que esperar por nadie —sugirió Joshua.

Mara se percató que por lo menos faltaban siete personas para entrar y su vejiga estaba que explotaba de los nervios, avanzó un poco para que la mujer impaciente comprendiera que no era su culpa que hubiera tantas personas.

—No puedes tratarme como un juguete que puedes agarrar y soltar a tu antojo —dijo Mara desviando su mirada.

—¡Nunca te he tratado como un juguete! Sabes muy bien que siempre la pasamos muy bien juntos, solo te pido que lo vivamos una vez más —replicó Joshua.

Ella bajó la mirada dolida, su relación fue mucha más que sexo, por lo menos para ella. Lo amó, y en ese momento se preguntó si todavía lo amaba, la respuesta parecía ser afirmativa.

—Mara, mi sol —susurró él posando la mano en su hombro con ternura—. Lo siento, sabes que a veces el alcohol me entorpece. Tienes razón, no solo la pasamos bien, nos quisimos. Fuimos felices la mayoría del tiempo, por lo menos, yo lo fui.

Ella levantó su rostro para encararlo, teniéndolo tan cerca pensó que no iba a poder resistirse. Pero entonces recordó sus últimos meses, Joshua la tomó por sentado, se entregó a sus deportes y actividades personales restando mucho tiempo para ella.

Mara nunca esperó que él abandonara sus pasatiempos, pero lamentablemente, sus hobbies lo eran todo para él, y ella, era solo un personaje secundario en su vida.

A veces pasaba semanas sin verlo, Joshua se desaparecía con sus amigos y luego regresaba relatando cómo se había ido del país a practicar deportes sin avisarle ni llamarla. No había una buena comunicación entre ellos. Cuando Mara le decía cómo se sentía el respecto, Joshua la ignoraba.

Al final, no pudo más, Mara terminó aquella relación sin mirar atrás, y Joshua, por orgullo, no la buscó, a pesar de que lamentó su rompimiento, se convenció de que no podía renunciar su estilo de vida por una mujer. Jamás.

La chica sintió como sus ojos se llenaron de lágrimas, deseando que la fila se apresurara para poder escapar. Pero necesitaba liberar su vejiga urgentemente, y de pronto supo que Joshua era su única opción para agilizar todo el proceso y luego alejarse de él.

—No hablemos del pasado, no vale la pena —dijo ella—. Necesito un cuarto de baño con urgencia. Vamos a la oficina de Alejandro, pero luego bajo inmediatamente.

—Sí, sé que estás acompañada y te deben estar esperando. Yo en su lugar estaría impaciente —replicó con amargura—. Vamos por aquí.

Joshua la guio por una escalera interna para no ser vistos por sus amigos. Él sabía que eso cohibiría a Mara y la necesitaba cómoda si quería lograr que le regalara un beso por lo menos.

La chica admiró la oficina y su panorama por unos segundos, y luego siguió los movimientos de su ex novio que abría la puerta de un grandioso y elegante sanitario. Se sonrojó al ver su imagen en el espejo y la mirada ardiente que Joshua le dirigió. Ambos disfrutaron hacer el amor contemplando sus reflejos en varias ocasiones, y Mara supo que los dos recordaron aquello. Entonces se apresuró a cerrar la puerta para refugiarse unos minutos en aquel espacio.

Antes de salir, se retocó el maquillaje, esparció un poco de perfume en su cuerpo, y se aseguró que todo estuviera en su lugar. Estaba segura de que aquel vestido rojo le favorecía y que Joshua debía estar ardiendo de las ganas de quitárselo.

Cuando abrió la puerta, sintió los brazos de su exnovio rodeándola y sus labios cubriendo su boca. No se opuso, cedió de inmediato aferrándose a Joshua con ambas manos.

Pero cuando los dedos de su ex novio rodearon su trasero para pegarse más a ella, y la chica sintió su sexo humedecerse al tiempo que sentía la fría baldosa de los muros del cuarto de baño en su espalda, su conciencia le gritó que se alejara y así lo hizo.

—No puedo —dijo Mara tapándose el rostro.

—No tenemos que decir nada, solo vamos a vivir el momento, disfrutemos la magia que sentimos cuando nos tocamos, la emoción de hacer algo que no debemos. Sé que ya tienes tu vida establecida sin mí y que no tengo cabida en ella, pero no tiene que ser más que esto, un parpadeo, y luego cada quien seguirá su camino —suplicó Joshua.

Mara analizó la mirada ardiente de su ex y estuvo consciente de que ella debía tener una igual. ¿Cuál era el problema de sentirlo una vez más? Los dos estaban ansiosos por el cuerpo del otro, ¿por qué no ceder a la tentación? ¿Qué la detenía? No tenía una relación con Santiago, ni siquiera se habían besado, y aunque le pareció deshonesto acostarse con otro hombre mientras estaban en una cita, Joshua no era cualquier hombre, era el único ser que la encendía con solo oír su voz.

La chica esquivó a su ex novio para cerrar la puerta del baño, luego, lentamente y desde sus hombros, se dispuso a despojarse del vestido hasta que cayó a sus pies. Una seductora ropa interior de encaje rojo despertó todos los instintos animales de Joshua, y sin decir palabras, le robó la tarea a Mara de quitarse el corpiño para hacerlo él mientras besaba su piel en el proceso.

Cuando la boca del chico llegó a su vientre, ella tembló y abrió las piernas. Él la despojó de las bragas y enterró su lengua entre sus delicados pliegues. Mara gimió entrelazando sus dedos en los cabellos de Joshua para invitarlo a acercarse más.

Joshua utilizó ambas manos para alzarla y sentarla en el lavabo, deseaba una mejor postura

para entregarle su boca al centro sexual de la chica. Con experimentada avidez, fue besando y chupando provocando que ella gritara cada vez más. Con sus manos pellizcó sus pezones, uno de sus dedos se dirigió a los labios de la chica, y ella lo recibió entre gimoteos para succionarlo con fuerza.

Mara alcanzó el orgasmo sintiendo que su cabeza era un arcoíris de sensaciones explosivas, pero no fue suficiente, quería más, y él lo sabía porque la conocía.

Joshua alzó la cabeza besando su torso hasta llegar a la boca de la chica, sus flujos se mezclaron placenteramente, y ella devoró su lengua con incontenible urgencia.

Consciente de que no deseaba que su encuentro acabara todavía, Joshua utilizó sus dedos para estimularla, con una mano masajeó uno de sus pechos, y con la otra, agasajó la mojada entrepierna de Mara.

Con movimientos circulares y lineales, fue intercambiando velocidades y locaciones entre sus pliegues para calentar a la chica hasta el punto que ella le rogó que la penetrara.

—¡Por favor! —gimió Mara—. Te necesito dentro de mí.

Joshua la complació, y gruñó al sentir cómo la seductora caverna lo recibió por completo. Entonces se abrazaron, y él pudo ver la espalda de la chica en el espejo arquearse hacia adelante y hacia atrás indicando como deseaba ser satisfecha.

Mara rodeó sus piernas en la cintura de Joshua, y clavó sus talones con fuerza para sentirlo cada vez más adentro. Para ella aquello era mucho más que una sesión de sexo, porque lo amaba. Con locura. Era el amor de su vida, estaba perdida, y en ese momento no le importó, nadie la hacía sentir como él.

Luego de que Mara aulló anunciando que había alcanzado la cima del clímax que tanto buscó, él se apresuró a acompañarla. Llegó unos segundos después donde ella seguía sacudiéndose en espasmos mejorando la experiencia de ambos.

Con sus respiraciones agitadas y sudando profusamente, mantuvieron el abrazo durante unos cuantos minutos, en silencio. Ambos sonrieron. Él al espejo, ella para sus adentros.

De pronto Mara se sobresaltó al oír la voz de Joshua susurrándole en su oído:

—Vámonos de aquí, duerme en mi casa esta noche.

Ella se tensó, evidentemente deseaba irse con él, pero, ¿qué pasaría a la mañana siguiente? Sería despachada y olvidada, y eso no podría soportarlo.

—Nos deseamos, nos complacimos, y ya es hora de que regrese a mis amigos —replicó la chica alejándolo para bajarse del lavabo y comenzar a vestirse.

Joshua admiró el cuerpo desnudo de su exnovia mientras buscaba sus prendas, sus movimientos le parecieron maravillosos, su voz, su olor, todo sobre Mara era adictivo. No quería volver a alejarse de ella, ni esa noche, ni nunca más. Lo supo en ese momento con la misma seguridad con la que sabía su nombre y apellido.

—No, no tienes por qué regresar a ellos, puedes regresar a mí, si te sientes capaz de darme otra oportunidad.

Mara contuvo la respiración por un instante por la sorpresa, dudó lo que sus oídos habían escuchado.

—¿Qué dijiste? —preguntó.

—Que quiero que estemos juntos de nuevo. Sé que fui un imbécil, y sé que actué como un egoísta descerebrado, pero te amo, te sigo amando, y si así lo quieres, mañana mismo nos casamos —soltó él sin pensarlo, pero convencido de que quería estar con ella el resto de su vida.

—No puedes estar hablando en serio. Tenemos meses sin hablar, y de repente, de la nada, ¿me pides matrimonio?, es decir...

—Solo te digo que estaría dispuesto a lo que sea con tal de que vuelvas a mí —interrumpió él.

—¿Crees que casarnos es lo necesario para que todo funcione? —preguntó ella burlonamente.

—Sé que debo comunicarme, demostrarte lo importante que eres para mí, dedicarte el tiempo que mereces, y renunciar a todo lo que tenga que renunciar con tal de que estemos juntos —dijo Joshua.

—Yo no quería que renunciaras a nada, yo no quería que me resintieras por abandonar los pasatiempos que te hacen feliz. Yo solo quería formar parte de tu vida y que tú formaras parte de la mía —confesó ella.

—Lo sé, quizás no me estoy expresando bien. Solo te pido que me des otra oportunidad para probarte que estoy dispuesto a tomar los pasos necesarios para que seamos felices —replicó el chico tomando las manos de la chica para besarla de nuevo.

Eso fue la gota que derramó el vaso, Mara no podía negarse a aquello, él le decía que la amaba y que estaba dispuesto a intentar de nuevo su relación. Ella también lo amaba, así que no había más nada que decir por los momentos.

—Tengo que despedirme de los demás, no puedo ser tan descortés —dijo ella abrazándolo con fuerza.

—¿Es necesario que vayas a despedirte de tu novio? Sé que no tengo derecho a disponer de tus acciones, pero no te imaginas los celos que siento.

—No somos novios, era una cita, ni siquiera nos hemos besado —admitió ella.

Él la besó apasionadamente deslizando sus manos por su cuerpo. Mara lo detuvo.

—No tardo mucho, solo diré que me voy, ¿tú viniste con alguien?

Joshua se había olvidado por completo de Catrina hasta ese instante.

—Nadie importante, primera cita. No compartimos sino unos minutos al llegar, al verte a ti no tuve ojos para nadie más, está con unas amigas y no me extrañará. Un simple mensaje bastará

—contestó el chico—. Te espero aquí, no tardes por favor, estoy desesperado por irnos.

Ella sonrió.

Sin muchas explicaciones, Mara se disculpó con Santiago, le dijo que Joshua era el amor de su vida y que lamentaba que no funcionara entre ellos. Los demás ocultaron su emoción para no herir los sentimientos del chico, pero apoyaron su decisión sin dudarlo.

Ya en el auto, Mara y Joshua se miraron a los ojos y rieron de felicidad, él posó su mano sobre su pierna y subió sus dedos bajo su vestido. Ella lo recibió besándolo, y en aquel vehículo, celebraron su renovada unión.

FIN.

¿Te gustó?

Primero que nada, quiero agradecerte por leer **REFUGIO**. Si te gustó, me encantaría que publiques un comentario sobre ella en Amazon o Goodreads; conocer la opinión de los lectores es una de las principales motivaciones para seguir escribiendo.

También tengo publicadas otras historias, y si me permites sugerirte una, te propongo [AQUELLA NOCHE DE SAN VALENTÍN](#), un romance de acción, amor y aventuras, condensado en un corto relato.

Aquí te dejo su sinopsis y su primera parte.

Sinopsis:

Isabel siempre fue diferente a sus hermanas; no se interesaba por las mismas cosas que ellas y le gustaba vincularse con actividades que su madre consideraba inapropiadas para una niña. Además, se consideraba una rebelde que no podía estarse quieta ni ser atada por nadie, razón por la cual se convenció de que nunca tendría suerte en el amor; hasta que, sin buscarlo, ni esperarlo, apareció la horma de su zapato en circunstancias que jamás creyó que viviría un día de San Valentín.

Parte 1 - AQUELLA NOCHE DE SAN VALENTÍN

No me sentía cómoda, como si algo estuviera fuera de su lugar y no lograra identificar qué era.

Mi vida no había cambiado mucho desde que me mudé a este pequeño y acogedor pueblo de California llamado Carmel-by-the-Sea, y era exactamente cómo había imaginado que sería: un lugar feliz lejos de los constantes juicios de mi familia —que amaba con locura, pero me volvían loca—, y viviendo cada día haciendo todo lo que me gustaba, convenciéndome a mí misma de que era toda una «rebelde de alma libre».

Me gustaba mi trabajo; ser gerente del *Carriage House Inn* no solo me permitía mantenerme ocupada en cada segundo de mi horario laboral —porque siempre había algo que atender y gente nueva que conocer—, sino que también podía utilizar mi tiempo libre surfeando, montando bicicleta, leyendo mis adictivas novelas de crimen y misterio, y resolviendo pequeños acertijos al crearme toda una Enola Holmes alcanzando los treinta.

Aquel domingo tanto mi madre como mis hermanas me llamaron, como siempre lo hacían un par de días antes de San Valentín, para señalarme, una vez más, que no me estaba haciendo joven y que no iba a tener hijos si no me apresuraba.

Sí, esa era la clase de familia que tenía, una que pensaba que la función principal de una mujer era casarse, tener hijos y atenderlos. Su manera de pensar era digna de una serie de televisión machista de los años sesenta.

No comprendían, ni respetaban, que amara mi vida solitaria, que no me importara no tener suerte en el amor, que disfrutaba mi empleo, y que, trabajar el «día de los enamorados» no significaba lo mismo para mí que para ellas.

Seamos sinceros, el catorce de febrero es una excusa para gastar dinero en tonterías cursis y pretender que los problemas en las relaciones no existen. Una fecha para que las mujeres exijan atenciones que no reciben los otros trescientos sesenta y un días del año —asumiendo que las reciben el día de su cumpleaños, aniversario y Navidad—, o los otros trescientos sesenta y dos días en caso de que sea un año bisiesto.

Sí, sí, sí. Siempre estuve consciente de que sufría de una especie de «síndrome de cinismo», pero la verdad era que las apariencias sin sustancia siempre me produjeron alergia, y las ambiciones corporativas que inventan necesidades en ciertas fechas para hacer gastar dinero a las personas —que al día siguiente se comportarán igual de distantes, patanes o cómo sea que actúen cuando no están «celebrando» alguna festividad—, me causaban cierto rechazo. Aunque siendo honesta podía disfrutarlas de igual manera cuando no se sentían como una imposición, ¿ya comenté que me convencía de ser una «rebelde de alma libre»?

En fin, me encontraba recapitulando cada una de mis tareas de aquel domingo para intentar comprender por qué demonios sentía que algo estaba mal, sabiendo que no se me había pasado nada por alto.

Cada uno de mis huéspedes tenía sus necesidades cubiertas, había supervisado que Fabiana confirmara y garantizara el cupo de cada una de las actividades solicitadas, y casi todos habían partido a sus destinos.

Los Moore se habían ido a jugar golf, los Sanderson estaban paseando en bicicletas eléctricas, los González estaban haciendo un tour gastronómico por el pueblo con la esperanza de, quizás, encontrarse con nuestro antiguo alcalde, Clint Eastwood. Por su parte, los Roberts se marcharon a la playa, y mi pareja favorita, la compuesta por Aria Adessi y su novio Carter, habían aceptado mi recomendación de ir a una cata de vino personalizada que muchos clientes aseguraban que era de lo más romántica.

Sonreí al recordar a Aria, no solo porque nos caímos bien desde el momento que cruzamos palabras por primera vez por teléfono, sino porque fue al *Carriage House Inn* exclusivamente a experimentar el servicio personalmente para modernizar nuestra página web que, a mi parecer,

era simplona y obsoleta.

De pronto pude comprender el motivo por el que mi madre y hermanas se alarmaran de que ocupara «el día más romántico del año» viendo a otras parejas haciendo planes, o más bien, organizando los planes por ellos, pero la realidad era, que ya yo había aceptado que no era fácil conseguir alguien que me aceptara tal cual era, y que disfrutaba ser testigo del amor de otros.

En el caso de Aria, recientemente se había reconciliado con Carter, su novio de secundaria, y estaban en esa etapa donde no pueden dejar de tocarse, ni dejar de sonreír, y eso me encantaba. Nunca me había irritado la felicidad de otros, más bien me alimentaba de eso, sin embargo nunca conseguí que mi familia lo comprendiera.

Falso, no toda mi familia.

Mi papá siempre me aceptó sin condiciones, apoyaba mi mente intranquila sugiriendo, y acompañándome, a participar en actividades que horrorizaban a mi madre, como por ejemplo, cuando dije que quería aprender el sistema de lucha conocida como Krav Magá.

Mi padre, un oficial de policía que soñó con tener un varón, pero nunca se lamentó de haber concebido tres hijas, se regocijaba con mis constantes intentos de practicar de deportes o actividades al aire libre que su esposa consideraba «masculinas», así como con mi creciente curiosidad por conocer cosas relacionadas con su trabajo.

Durante mi adolescencia, cuando más disfrutaba mis lecciones de Krav Magá, tanto él como yo creímos que me dedicaría a ser un agente del FBI, de la armada o de la policía, pero mi rechazo a las imposiciones me hacía poco apta para seguir órdenes por lo que supimos que fracasaría y terminaría siendo despedida, o enjuiciada, por insubordinación o algo así.

Fue una suerte del destino que una de mis tías, que tenía una pequeña posada en Sausalito, me solicitara ayuda un verano cuando era adolescente y así descubriera que me encantaba servir al público. A pesar de que debía recibir órdenes de ella, mi atención a los detalles me regaló su confianza para tomar iniciativas y resolver problemas sin necesitar supervisión. Descifraba las razones de cualquier inconveniente y aportaba soluciones a corto, mediano y largo plazo, lo que me hizo darme cuenta de que había encontrado mi vocación.

Por esa razón estudié Administración de Hospitalidad y Turismo, y aguanté unos cuantos jefes incompetentes hasta que me ofrecieron la gerencia del *Carriage House Inn* en la pequeña ciudad costera llamada Carmel-by-the-Sea, la cual acepté de inmediato, no solo por la oportunidad de ser una figura de autoridad en un campo que me gustaba, sino porque el pueblo, que parecía haber sido sacado de un cuento de hadas, me permitiría practicar actividades al aire libre cerca de la naturaleza, y además, podría mantenerme lejos de los prejuicios de las mujeres que más amaba en mi vida, pero que si les daba la oportunidad, me casarían y obligarían a tener quinientos hijos.

Sabía que mi naturaleza inquieta me empujaría a buscar una nueva locación en cualquier

momento, pero mientras tanto, Carmel-by-the-Sea era el paraíso para mí.

Supe que estaba divagando dentro de mi cabeza y preferí ocupar mis pensamientos en cosas más productivas, lo que sea que me estaba incomodando no era algo evidente, pero si me mantenía ocupada y en movimiento, lo más probable era que lo descifrara, así que llenando mi taza roja favorita del líquido mágico y glorioso conocido como café, decidí dar un recorrido por los alrededores de la posada para despejar mi mente.

El brebaje se encontraba tal y como me gustaba, negro, sin azúcar y bien caliente, suspiré tras el primer sorbo, y me dirigí hacia las afueras cuando mis pies dejaron de reaccionar al notar la presencia de la única persona que podía dejar mi mente en blanco.

Jack Johnson, el misterioso huésped instalado en una de nuestras mejores suites desde hacía casi un mes, cruzaba la zona de aparcamiento para irse quién sabía a donde. Lo contemplé durante unos segundos ensimismada. Era muy alto y fornido, hermoso. Tenía cabellos castaños y unos ojos azules como el mar cristalino. Su manera de caminar, su postura y su aspecto, no solo mostraban que se ejercitaba, sino que parecía tener algún tipo de entrenamiento militar.

Era silente y escurridizo. Perfecto. Todo un Capitán América y quizás el sueño de muchas mujeres. Por lo menos a mí me quitaba la capacidad de pensar, algo que nadie jamás lograba.

Estaba segura de que era una especie de espía trabajando en algo ultrasecreto o se escondía de alguien. Nuestro pequeño pueblo era el lugar ideal para ello, nadie sospecharía de su presencia ahí ya que se mezclaba entre los turistas fácilmente, algo que sabía hacer muy bien, ya que coincidía con él en muchas partes: en donde compraba mi café, dónde comía, y en las playas y áreas donde surfeaba y montaba bicicleta.

Aunque era muy amable conmigo cuando intercambiábamos saludos cordiales, o me solicitaba alguna petición en la posada, no sabía absolutamente nada de él más que las cosas que asumía o sospechaba.

Siempre cargaba un pequeño maletín delgado que, según mi apreciación, debía contener una laptop. ¿Nada extraño verdad? Muchos viajan con aparatos electrónicos para continuar trabajando o mantenerse comunicados, pero su actitud cautelosa era lo que me hacía suponer que había algo extraño en él.

Jack desapareció de mi vista y mis piernas volvieron a reaccionar, tuve que exigirles que se mantuvieran dentro de los confines de la posada porque las muy coquetas pretendían seguirlo.

«¡Desvergonzadas! ¡Es un cliente! ¡Respeten!», les reproché.

Luego continué trabajando como cualquier otro domingo, pero la sensación de que algo iba a mal no desapareció el resto del día, y eso no me detuvo de desempeñar mis labores al cien por ciento.

Cerca de las cinco de la tarde, Andrew Abbott se apareció en la recepción con un ramo de rosas. El famoso chef de un restaurante local creía estar enamorado de mí, y llegó con las

intenciones de pedirme una cita para el Día de San Valentín.

—Gracias por las flores, Andrew —le dije—. Pero debo trabajar ese día.

—Yo también, pero podemos desayunar o salir tarde en la noche.

No me gustaba rechazar a la gente, y Andrew no paraba de insistir, quizás debía salir con él para demostrarle que no había química entre nosotros, así que dudé durante unos segundos antes de acceder.

—Tendríamos que desayunar bien temprano, debo estar aquí a las nueve de la mañana.

—¿Qué te parece si recibimos el amanecer en la playa con un picnic? —preguntó esperanzado y con los ojos brillantes.

Su entusiasmo me hizo sentir como una pequeña larva malvada, no era justo para él hacerle creer que había esperanza de una relación entre nosotros.

Estuve a punto de negarme cuando escuché a Laura, la recepcionista, pronunciar el nombre del nuestro huésped más sexi con exagerada civilidad. Yo no era la única hipnotizada por sus encantos. Me giré para encontrarme con sus profundos ojos azules clavados en mí de manera inquisitoria, no lo había escuchado entrar, Jack era como un ninja que siempre aparecía sigilosamente sorprendiéndonos.

—Señor Johnson, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó Laura.

—Buenas tardes, si no es mucha molestia, necesito un poco más de café en mi habitación.

Su voz provocó cosquilleos en mi estómago. El hombre no apartó la mirada de mi rostro a pesar de que no era a mí a quien se dirigía. Andrew se apresuró a captar mi atención de nuevo.

—Te paso recogiendo a las seis de la mañana —dijo para luego colar un tono juguetón al agregar—: Me iré para planificar el mejor menú que se me pueda ocurrir.

No respondí nada, la presencia de Jack me aturdió. Desapareció antes de que yo pudiera reaccionar a las palabras de Andrew que se marchó con una sonrisa en el rostro por haber tenido éxito en su visita.

No comprendí por qué me irritó tanto que el supuesto espía/prófugo/ninja hubiera escuchado mi conversación con el chef, pero no podía hacer nada al respecto.

Bien entrada la noche, cuando me dirigía a casa con la sensación de que algo estaba mal profundizándose en mis entrañas, una mujer sonriente, que me pareció aterradora, se acercó a mí llamándome por mi nombre:

—¿Isabel Infante?

—¿Sí?

Un dolor intenso en la parte de atrás de mi cabeza me hizo perder el conocimiento.

Si quieres comentarme algo o estar al tanto de las publicaciones de mis novelas, puedes seguirme en [mis redes sociales](#).

Un fuerte abrazo, **Ondrea Lion**.

Ondrea Lion®

[Telegram](#) . [Instagram](#) . [Facebook](#)
@ondrealion

[Twitter](#)
@Ondrea_Lion

[**ondrealion.blogspot.com**](#)